

Palabras de Mons. Oscar Vélez I. c.m.f. en su ordenación episcopal

Cali, Julio 19 de 2003.

“El amor de Cristo nos urge” (2 Cor. 5, 14)

Respetados hermanos en el episcopado, amados familiares, queridos misioneros claretianos, estimados sacerdotes, religiosos y religiosas, autoridades, amigos y fieles presentes:

He querido escoger como lema de la misión episcopal que hoy se me he confiado, el mismo pensamiento paulino que San Antonio María Claret, padre de mi familia religiosa, eligió al ser nombrado Arzobispo de Santiago de Cuba: “El amor de Cristo nos urge” (2 Cor. 5, 14). De esta manera quiero expresar no sólo mi herencia espiritual y carismática sino también mi voluntad de identificarme con el estilo misionero que guió todo el ejercicio de su episcopado. Lo sustantivo en todos los que seguimos a Cristo tras las huellas de Claret es lo misionero, independientemente del ministerio que desempeñemos en uno u otro momento de la vida. Deseo ser, pues, un misionero obispo al estilo de Claret.

El conocimiento del amor de Dios, revelado en Cristo Jesús, Señor nuestro, es el motor de todo apóstol. Así lo entendieron Pablo de Tarso y el Arzobispo Claret. Y yo deseo, en estos momentos, apropiarme de tal experiencia y compartirla con ustedes, en una doble vertiente: el amor de Cristo por mí y el amor de Cristo en mí es lo que me mueve, me urge, me impulsa. Mi vida entera, mi vocación y el ministerio que hoy he recibido sólo pueden ser explicados desde el amor de Cristo que pródigamente se ha derramado sobre mi persona y que me hace participar, con humildad y gratitud, de la vivencia paulina, expresada en 1 Cor. 4, 7: “¿Qué tienes tú que no hayas recibido?”.

Las mediaciones que me han permitido experimentar el amor de Cristo por mí han sido múltiples y por cada una de ellas tengo que elevar hoy mi voz agradecida. La primera de ellas: mi familia. Allí, junto con el regalo de la vida y la calidez del afecto, recibí el tesoro de la fe. Particularmente en las palabras, en las actitudes y en el rostro de mi madre, conocí la ternura del amor de Dios no sólo por mí y por mi familia, sino también, y en forma sublime, por los más pobres. Todos los que hemos tenido la gracia de su cercanía, hemos podido percibir en ella la transparencia del Dios misericordioso. Soy consciente de que lo que soy se debe fundamentalmente a sus oraciones y ejemplo. Pero también he de reconocer agradecidamente el apoyo y cercanía de mi Papá y de mis hermanos, especialmente el testimonio y afecto que siempre he recibido de mi hermano sacerdote, el Padre Duván.

La segunda mediación han sido los numerosos educadores de la fe, sacerdotes, guías espirituales y formadores en mi proceso vocacional que con sabiduría y paciencia, pero ante todo con su vivencia, me han ido introduciendo en el conocimiento de Dios, de su designio sobre mi vida y de las exigencias del seguimiento. Entre todos ellos no puedo dejar de destacar el influjo decisivo de los padres Sulpicianos, formadores en

los primeros años de mi seminario menor y del seminario mayor. Me resulta imposible no mencionar a tres de ellos que dejaron una impronta decisiva en mi proceso formativo hacia el sacerdocio: el P. Mario Isaza, Rector en mis primeros años de bachillerato, quien me acompañó en esos momentos tan difíciles de mi separación de la familia; el P. Rodrigo Arango, hoy Obispo emérito de Buga, Rector en mis primeros años de Seminario Mayor, quien creyó en mí en momentos difíciles; y el P. Alberto Giraldo, hoy Arzobispo de Medellín y ordenante principal en esta celebración, quien fuera mi sabio y cercano maestro y director espiritual y quien me confirió también el ministerio sacerdotal.

La tercera gran mediación ha sido mi familia religiosa, la comunidad de los Misioneros Hijos del Corazón de María, Claretianos. Ella me acogió y me transmitió su carisma, culminó mi formación, me valoró, me dio alas para mi realización misionera y me ha confiado las mayores responsabilidades; pero, sobre todo, me ha brindado un regalo que me ha permitido superar crisis, afrontar dificultades, enfrentar desafíos y emprender toda suerte de proyectos: me ha dado hermanos. Nunca me he sentido perteneciendo a una institución sino a una familia. Aquí he encontrado calor de hogar y por eso me cuesta tanto dejarla ahora para ir a la nueva misión que hoy el Señor me ha confiado. Sin embargo, las palabras de mi Superior General, el P. Aquilino Bocos, cuando le comuniqué mi nombramiento episcopal, me llenan de valor: “su designación, me dijo, es una nueva misión que la Iglesia confía a la Congregación, en su persona. Siempre estaremos con Usted”. En este momento tengo la obligación de decirles a todos mis hermanos de Congregación, especialmente a quienes han compartido la vida y la misión conmigo y a quienes me acompañaron en la responsabilidad del Gobierno Provincial: gracias, hermanos, por ser lo que son, sigo contando con Ustedes, y cuenten ustedes siempre conmigo. Me sale del alma, pedir prestados, en este momento, unos párrafos de la conocida canción de Alberto Cortés; para decirles a Ustedes: “les adeudo la ternura, y las palabras de aliento y los abrazos... les adeudo la paciencia de tolerarme mis espinas más agudas, los arrebatos del humor, las negligencias, las vanidades, los temores y las dudas...”.

Y la cuarta y última mediación han sido los espacios pastorales en los que he ejercido mi servicio misionero sacerdotal: La Parroquia del Corazón de María, en el Barrio Miramar de Medellín, que fue para mí una especie de luna de miel sacerdotal y donde me enseñaron lo que el pueblo espera del sacerdote, algo que me ha marcado y que nunca he olvidado; el Colegio San Antonio María Claret de Cali, donde conocí las posibilidades pastorales del espacio educativo; la Parroquia de Nuestra Señora del Perpetuo Socorro, en el Barrio Colseguros de Cali, que recibí de ese gran hombre y misionero como fue el Padre Francisco Arango, cuyos restos están en este templo y que desde el cielo debe estar disfrutando de nuestra celebración; y el Colegio Claretiano Santa Dorotea, mi amor pastoral de los últimos tiempos y, nunca mejor dicho, la niña de mis ojos. Simultáneamente con estos frentes, he acompañado pastoralmente al Encuentro Matrimonial que me ha enseñado en vivo la riqueza de la complementariedad sacramental y me ha regalado el tesoro de amigos y amigas de toda hora. Además, he orientado cursos, talleres y retiros a muchas comunidades

religiosas y grupos de sacerdotes, de todos los cuales he sido el primer beneficiario, pues he podido reflexionar, orar y recibir el testimonio vocacional de tantos y tantas con quienes comparto el don de la vocación sacerdotal o religiosa.

Realmente, el amor de Dios por mí ha sobreabundado y se ha ido convirtiendo en amor de Dios en mí. Sí, tanto amor recibido ha ido sepultando mis pecados, sanando mis heridas, supliendo mis carencias y se ha ido convirtiendo en una fuente que hace presente la misericordia infinita de Dios para con los demás y que mueve todas mis capacidades para tal misión.

Hoy me ha sido conferida la plenitud del sacramento del orden y con tal gracia el Señor ha ensanchado más mi corazón para transparentar a la grey que me ha sido confiada, la Diócesis de Valledupar, las actitudes de Cristo Buen Pastor. El desafío es grande. Conozco todo lo que Dios ha hecho en mí pero también conozco las flaquezas y limitaciones que me acompañan. Por ello, invito a todos los que hoy me acompañan en esta celebración, para que junto a la acción de gracias al Señor por este nuevo ministerio que me ha sido conferida, me continúen brindando el auxilio de su plegaria a fin de que tanta gracia no sea infecunda en mí y revele con mis palabras y obras el infinito amor y ternura de Dios por cada uno de sus hijos e hijas.

Agradezco de corazón a los Señores Arzobispos y Obispos que me han acompañado en este día, particularmente a quien ha presidido esta celebración, Monseñor Alberto Giraldo, y al Sr. Nuncio de Su Santidad, Monseñor Beniamino Stella, en quien renuevo mi adhesión a la Sede de Pedro. Mi gratitud eterna a la comunidad claretiana, representada oficialmente aquí por el P. Manuel Vilchis, delegado del Superior General, y por el P. Darío Villegas, Superior Provincial de Colombia Occidental. Destaco también agradecido la presencia de tres claretianos obispos: uno de los coconsagrantes: Monseñor Jorge Iván Castaño, auxiliar de Medellín, y dos que han venido de lejos: el Obispo de Caguas en Puerto Rico, Monseñor Rubén Gonzáles, y el Obispo de Copiapó en Chile, Monseñor Gaspar Quintana. Gracias, finalmente, a la delegación de la Diócesis de Valledupar, encabezada por mi predecesor, Monseñor Agustín Valbuena. Dios derrame abundantes bendiciones sobre todos los familiares, amigos y fieles que me han acompañado en esta celebración y me han hecho sentir su apoyo y su cercanía.

Coloco la misión episcopal que hoy inicio, bajo la protección del Corazón de María, Madre de los Apóstoles, y suplico la compañía de mi fundador San Antonio María Claret para que cabalmente encarne, como Obispo, el ideal que él consignó en su definición del misionero: “Un hijo del Corazón de María es un hombre que arde en caridad y que abraza por donde pasa, que desea eficazmente y procura por todos los medios encender a todo el mundo en el fuego del divino amor. Nada ni nadie lo arredra. Se goza en las privaciones, aborda los trabajos, abraza los sacrificios y se alegra en los tormentos. No piensa sino en como seguirá e imitará a Jesucristo en orar, trabajar y sufrir, procurando siempre y únicamente la mayor gloria de Dios y la salvación de los hombres”. Que así sea.